
Sobre la falta de hogar

Alberto Ruiz de Samaniego

Todas las casas no son sino una suerte de porche a la entrada de una madriguera.

H. D. THOREAU, *Walden*

Daniel Arasse –uno de los mayores expertos en el fenómeno del surgimiento de la perspectiva pictórica en el *Quattrocento*– destacó cómo se produjo un cambio tremendamente significativo entre la primera mitad del siglo XV, donde se descubre la perspectiva, y con ella la posibilidad de representar los grandes espacios urbanos en que la ciudadanía podría festejar su propio sentido de la convivencia y la comunidad, y la segunda mitad de la centuria, especialmente en los años 1470-1480. Según Arasse, la perspectiva se entiende, en su inicio, como un instrumento que permite construir el *lugar cívico* de la historia y de la libertad. Pero, una vez cruzado el medio siglo, y cuando los tiranos toman el poder en la República, la plaza, antes el lugar de la ciudadanía, se vuelve el espacio de la traición y la mentira, y, por tanto, sólo el *studiolo* se convierte en el único ámbito posible de la libertad. La perspectiva ya no puede ser un lugar de construcción de la historia. A partir de 1440-1450 la plaza pública ha

dejado de ser el lugar de la libertad por excelencia. Ahora el *studiolo* se convierte en ese lugar de la *libertas*. En ese espacio aislado y minúsculo es donde el humanista o el príncipe habrán de recluirse, lejos de las tracas y los engaños del mundo. La plaza, pues, ha devenido el lugar del engaño y el *studiolo* el de la verdad y la libertad.

Acontecimientos similares han sucedido en otros momentos de la historia. Parece que, cuando la plaza pública se convierte en el lugar de la simulación, la traición y el engaño, la cabaña y el retiro surgen ante nosotros como el espacio de la verdad y la autenticidad, incluso de la libertad. También se podría hablar, a este respecto, de toda una tradición *misantrópica*. Especialmente de la misantropía barroca que, en nuestro país, Fernando Rodríguez de la Flor ha estudiado en su libro *Misantropías*: «la misantropía –señaló– es por derecho la respuesta a la violencia simbólica que en el corazón de una existencia se siente que ejerce el cuerpo de lo social». Este *replieque* del misantrópico en su retiro habrá de propiciar –se confía– un tiempo de largo alcance, como de un largo plazo no sometido a las tribulaciones y continuas mutaciones de la actualidad. Se anhela, pues, que de este modo se haga posible una *duración*, otra temporalidad, sobre la cual, a la vez, ahora el separado, el retirado, poseerá todo el control. Se trata de una distinta experiencia del tiempo, que deja de ser el de los otros o el de afuera y se convierte en un tiempo logrado día a día; construido, como la propia morada, en el día a día. Es por ello que la soledad y las soledades triunfan en los imaginarios barrocos, en cuanto ideal para una vida no sometida, liberada para el trato con Dios y la preparación de las postrimerías.

Podríamos hacernos, asimismo, algunas preguntas: ¿Quién tiene hoy tiempo para perder el tiempo? ¿Quién se permite olvidar el tiempo que pasa para interesarse, por ejemplo, por el tiempo que hace? La vida del «solitario en la corte» se construye sobre un re-

lato que apunta, entonces, a eso que Foucault llamó el *cuidado de sí*. En relación con el examen y el afecto y el ejercicio saludable y virtuoso de la propia vida, que de este modo se resuelve en lo apacible, en lo tranquilo, en lo alejado de los sobresaltos y de los excesos, y sobre todo, como sugiere De la Flor:

En lo ausente de una palabra que es pregnante para nuestro asunto de la exploración de la misantropía: la «molestia» que genera el trato con el otro, y que, con las demás, son todas las formas presentes siempre en la urbe moderna.

Este modelo de sabio barroco, las evita, se aparta y se cuida de ellas, inmunizándose contra las mismas: «Es el principio de autoconservación, pues, el que rige esta conducta y la determina a lo que se sueña ser un aislamiento fecundo».

Fecundo, también, porque se ha logrado conquistar un espacio de independencia. Y aquí es donde vuelve a surgir el pensamiento *foucaultiano*. Como es sabido, en los años finales de su vida el pensador francés se interesó por la experiencia ascética. Consideraba que era necesario imaginar y construir lo que podríamos ser cada uno. Todo ello para desembarazarnos de esa especie de coerción política que es la individuación y la totalización simultánea de las estructuras de poder moderno. Para él, este anhelo coincidía con la voluntad de creación de un espacio de libertad. «Sin duda –escribió– el objetivo principal hoy no es descubrir, sino rechazar lo que somos». El problema actual, por tanto –problema de índole política, ética, social y filosófica–, es tratar de *liberar* al individuo del Estado y sus instituciones, liberarnos del tipo de individualización que le es propio. Es necesario promover, entonces, *nuevas formas de subjetividad* rechazando el tipo de individualidad que nos fue impuesta durante siglos.

Hay en ello también un aspecto de *sublevación* contra la *civilidad instituida*, por llamarla de algún modo. Instituida, además, desde la

urbanidad técnica, lo que conecta con el espíritu de Thoreau. Con eso que Thoreau llamó, por ejemplo, *lo salvaje* y que tiene relación también con una especie de *conexión cósmica* que se sitúa más allá del entorno habitual del individuo reglamentado, organizado, civil. Que abre un campo de relación efectivamente de larga perspectiva, de amplitud inmensa. Para él, para Thoreau, «el tamaño no existía —escribió su amigo Emerson. El estanque era un pequeño océano. Relacionaba hasta los hechos más insignificantes con leyes cósmicas». El aislamiento propicia este cambio de escalas y de perspectiva, esta *conexión otra* con los elementos del universo. En su último texto, que lleva por título *Caminar*, Thoreau escribió unas frases finales a modo de testamento. Dicen así:

Quiero decir unas palabras en favor de la naturaleza, de la libertad total y del estado salvaje, en contraposición a una libertad y a una cultura simplemente civiles; considerar al hombre habitante o parte integrante de la naturaleza, en lugar de un miembro de la sociedad.

Una cabaña, en efecto, es un refugio solitario, precario, y no obedece a ninguna regla de construcción ni de instalación. También supone una ausencia de toda vecindad, por consiguiente: una socialización reducida al mínimo.

La vida en otra parte

Así pues, en este tipo de pensamiento salvaje, o misantrópico, lo que late es la consideración de que, en el fondo, como diría el poeta, la verdadera vida... está en otra parte... lejos de la ciudad, de la civilidad: del contacto social. Giorgio Agamben ha meditado sobre este asunto:

La vida (*zoé*) es aquello sobre cuya exclusión se funda la *polis*, o, más precisamente, aquello que es incluido en ella a través de su exclusión y, de esta manera, se desempeña como fundamento negativo de la política. Esta *ex-ceptio*, esta toma-afuera o exclusión-inclusiva de la vida se encuentra en muchísimos aspectos de nuestra cultura, no solamente política.

He aquí una de las lógicas mayores –la dialéctica fundamental, a decir verdad– que atraviesan la cuestión de la fascinación contemporánea por las cabañas.

Todo lo cual nos lleva a una segunda observación. Si hay que evitar el embuste o la denegación que, en nombre de los simulacros tecnomediáticos, nos harían negar, neutralizar, reprimir, olvidar la verdad, la potencia del acontecimiento y, en definitiva, de la vida, también habrá que comprender que, en nombre de esa singularidad vital, se proteste, de forma sin duda algo histérica o herida –o criminal, como hizo *Unabomber*– contra el imperativo de la técnica que, justamente, siempre amenaza con desalojarla, dislocarla, exportarla, expatriarla. A la singularidad, a la vida. Pues resulta indudable que es el propio proceso tecnológico el que también tiene (aunque no exclusivamente) la forma general de la expropiación, la dislocación, la desterritorialización. Por mucho que, a veces, esta expropiación pueda producir el efecto inverso (ilusión de proximidad, de inmediatez, de interioridad). No es un dato menor comprobar cómo muchas de estas viviendas provisionales de las que hablamos consisten a menudo en un ensamblaje de materiales recuperados a partir de los *detritus* de la vida contemporánea: puertas viejas, carcacas, estructuras abandonadas, etcétera. La propia extravagancia de estas construcciones se corresponde o se acomoda a la ordinaria imprevisibilidad de la naturaleza, y a las de nuestras propias fantasías, cuando ya no están sometidas a las reglas de la conformidad. Ya lo anotaba en su *Diario* Thoreau (15 de marzo de 1842): «La naturaleza es constan-

temente original, e inventa sin cesar numerosos modelos, como un artista en su estudio».

El efecto global y dominante del mandato y éxtasis comunicacional contemporáneo, del imperio de la televisión, el teléfono, las redes sociales, los satélites, la circulación acelerada de las imágenes y los discursos, etcétera, no es otro que éste: que el *aquí y ahora* se vuelve incierto, sin plazo ni plaza ni seguridad. Y que el anclaje, el arraigo, la morada propia son radicalmente impugnados. Desalojados. Esto no es nuevo. De hecho, siempre fue así. La casa propia sufrió demasiado a menudo el tormento del otro, la irrupción del huésped, la amenaza de expropiación. No obstante, hoy asistimos a una expropiación, una desterritorialización, una deslocalización radical. También de lo corporal, porque la revolución digital afecta a la esencia de lo humano: cambia nuestra subjetividad. Provoca, por ejemplo, que por primera vez el cuerpo se retire de la percepción directa de la realidad. También de lo político (lo político en su relación con lo más próximo: lo local, pero también, claro, con lo nacional, del Estado nacional. Pero, específicamente, en relación con lo local, con lo considerado íntimo). Y, entonces, la respuesta –habría que decir más bien la reacción– a este malestar pasa a ser: *quiero estar en casa, quiero estar por fin en casa, con los míos y con mi cuerpo, junto a mis íntimos y en una intimidad que sea enteramente mía, hecha por mí, tenida por mí.*

Pero la casa propia siempre sufrió –decíamos– el tormento del otro, la amenaza de expropiación. Porque éste es, en realidad, el origen mismo del movimiento de constitución de lo propio, de lo más íntimo. Corresponde a la conformación de lo propio y compete a la ley de ex-apropiación de que antes hablaba: no hay apropiación sin posibilidad de expropiación, sin la confirmación de esa posibilidad incluso dentro de uno mismo. Tenerse a sí mismo no indica, al cabo, identidad –nos avisa José Luis Pardo en su ensayo sobre la intimidad. «No indica identidad, naturaleza, pose-

sión ni propiedad, sino tensión, desequilibrio e inquietud». Tener un hogar es volverse tremendamente vulnerable. Heródoto contaba que los escitas resultaban difíciles de vencer porque no tenían ciudades ni fortificaciones: «Llevan sus casas consigo y disparan con arco montados a caballo [...], sus moradas están en sus carros. ¿Cómo no van a ser invencibles e inaccesibles para los demás?».

El sentido de expropiación resulta en este tiempo tal vez más agudo, más acuciante. Este nuestro mundo ha devenido, en verdad, un universo de exilio global, que resulta –por ahora y en buena medida– antinatural. Hay, también, que reconocerlo: su *falta de realidad*, su *artificiosidad*, se parecen mucho a la *ficción*. Georg Lukács, en un sentido que ahora nos interesa, consideraba que la razón del nacimiento del género *novela*, y por tanto la novela misma, constituía la gran forma de lo que él llamaba «la falta de hogar trascendental». Tal vez nuestra querencia contemporánea por la cabaña, por los espacios de una interioridad aislada y solitaria, responda íntimamente a esta falta de hogar universal. Una falta de hogar que acaso no pueda definirse ya en términos de trascendencia, como en el caso de Lukács. No se trata ahora de nada teológico, sino meramente de circunstancia, o de coyuntura; esto es: de circulación técnica.

Frente a ello, la experiencia de la cabaña encarna al tiempo lo arcaico y lo más cercano a nosotros. La cabaña reanuda en cierto modo el contacto o el relato con los orígenes, común a todos, pero especialmente propio de cada niño o adulto que construye su cabaña. Lo cierto es que abordamos siempre la cabaña con ojos de niño. Que en ella uno vuelve a hacerse pequeño de nuevo. No puede tampoco ser casual que la fascinación por la cabaña nos ponga precisamente en relación con los actos y los relatos de la infancia, con los juegos y mitos de esta edad. Sucede como si comprobásemos aquello que ya había pensado Benjamin, en su

texto sobre la figura del narrador: que con frecuencia la narración es la que nos puede presentar o proporcionar la visión de *la forma de una vida*. Como lo hace la muerte, el límite que cierra la vida y la de-termina.

Tal vez lo que caracteriza nuestro tiempo es que, ahora, la sensación de falta de hogar ya no se da sólo en los emigrantes, los exiliados o los desplazados, sino también en todos los que no se han movido de su lugar. Es como si la auténtica vida se hubiese escamoteado por una suerte de velo artificial que la cubre y la distancia. Velo hecho por todo tipo de pantallas, informaciones y conexiones de las que gente como Baudrillard o Virilio ya habló suficientemente. Aunque a ello habría que añadir, además, lo que otro pensador del presente, Derrida, no se cansó de recordar: la imposibilidad de reapropiación plena de uno mismo por uno mismo. De modo que –conviene tenerlo en cuenta– no es posible atrapar el sentido completo de esta vida finita. De hecho, la plenitud de identidad quizás sea mortífera, pues nada puede haber más petrificante que esta reapropiación, tal perfección en la totalización. Muy por el contrario, el corte, la interrupción o la separación de sí o en sí es la condición de la experiencia misma. Corte o marca indeleble de la expropiación, entonces, como uno mismo. No hay experiencia sin esta marca, este trazo o fisura. Sin este *eclipse*. *Eso* es lo que me es absolutamente propio; lo que es más yo que yo mismo, lo más secreto. Y de lo que, al cabo, no me puedo reapropiar y se sustrae a la representación, a la exposición, a la exhibición. *Eso*, pertenece a(l) otro. Acceder a su presencia real consiste en asumir su distancia y su partida. Dicho de otro modo: uno no recibe su verdad más que de fuera. ¿No iremos a las cabañas para tratar de experimentar, de acercarnos a esto?

Así pues, frente a la voracidad inflexible y avasalladora de la opinión pública y la publicidad con todas sus identidades de marca y sus convencionalismos, habría que ponderar no tanto la

firmeza de la intimidad, sino lo que la define como experiencia: su fragilidad, su flaqueza, su inseguridad. Volvemos con Pardo: «Nada es más contrario a la identidad que la intimidad, porque la intimidad es lo que nos impide ser idénticos». He ahí la marca y la cuestión del ser y, desde luego, del arte, del ser del arte, su traumática paradoja y su necesidad. El que hace arte ha de conformarse con perseguir rastros, tantear las huellas de esta experiencia que no se deja capturar en la forma de ninguna plenitud, sino, precisamente, del fragmento, el rumor, el vestigio, la presencia furtiva y la quemazón hiriente.

El verdadero hogar

¿Qué es, pues, cuál habría de ser entonces el verdadero hogar? Digámoslo como lo diría un escritor, al modo de un mito, el de los orígenes, precisamente: donde cada sitio tenía un nombre y cada persona y cada cosa de ese sitio tenían un nombre y uno nunca podía estar en ninguna parte porque en todas partes había algo. Nuestro tiempo es el momento en que los nombres y las cosas, las palabras y los referentes están desunidos. Frente a ello: la cabaña. Encarna el deseo de llevarse uno escondido su lugar, en la paradójica evidencia de constituir la construcción de *un nuevo hogar consigo*. Hogar en cierto modo imposible. Falsamente natural y auténtico. Pues carece de la naturalidad tersa y evidente, suave, acariciante y ciega, impremeditada, del hogar materno. Todo en ella, en la cabaña, está *como en bruto* y, en definitiva, falto de hogar. Construirse una cabaña viene a ser como esos juegos de palabras que le gustaba hacer a Nabokov, al aprender y practicar el inglés, su nuevo idioma de adopción: le encantaba descubrir significados enterrados en palabras inglesas que para los americanos ya estaban en desuso. Eso, exactamente, representa una cabaña: el inten-

to de retorno a una casa –natal– perdida. Tal vez desde siempre ya perdida, en todo caso enterrada en el desuso y la (des)memoria de la urbanidad contemporánea.

En la cabaña, la intimidad que se busca es aquella en la que el *yo* se libera de toda sujeción, de toda función y de toda sumisión; con la intención, algo difícil y no exenta de peligros y torturas, de «hacerse a sí mismo». Y es que, al resguardo de la naturaleza, la cabaña nos expone, sin embargo, a nuestra propia naturaleza. Y, en ese sentido, se vuelve un espacio doblemente crítico: con el *afuera* de la civilidad y con el *adentro* de una intimidad que –como apuntamos– nunca se conseguirá atrapar o formalizar del todo. Porque el solitario busca, más que nada, una intensa conciencia de sí mismo, pero esta conciencia nunca podrá ser alcanzada o aclarada plenamente. Las cabañas se construyen como a la espera de una leyenda secreta: el *sí mismo* que todos esperamos ser.

La cabaña es, pues, *lo más mío que yo mismo*, ante la constatación de nuestra definitiva falta de un hogar *real*. La fascinación por estos lugares de lo recóndito y el retiro responde, en suma, a la tentativa –algo patética y emotiva– de construir un *ersatz* a escala de lo que el hogar debió (de) ser algún día. Lo que nuestra infancia *tuvo* que sentir algún día. Entendida la infancia, claro, como el primer espacio de experiencia. El gran relato. Así, en la construcción de la cabaña queremos repetir las primeras experiencias profundas del espacio, incluso de la naturaleza. Pero eso, claro, sólo lo comprobamos tras haberlo perdido. El hogar crece y se convierte en una emoción porque ha desaparecido en tanto que realidad posible y alcanzable. Porque –repetimos– al momento de vivirla, *la vida no tiene forma*. Sólo le damos sus trazas a través del recuerdo de lo pasado desaparecido. El proceso de comprensión siempre es, por necesidad, retrospectivo. Sólo existe en su narración. Y esta narración no puede más que contarse, y leerse o

escucharse, en la intimidad. Esa narración o lectura *crea intimidad*. Lo ha notado a menudo Pascal Quignard: el lector es el gran solitario, el separado:

Se lee solo, de soledad en soledad, con otro que no está ahí. Todos aquellos que leen están solos en el mundo con su único ejemplar. Forman la comunidad misteriosa de los lectores. Es una comunidad de solitarios, como se dice de los jabalíes bajo la sombra tupida de los árboles.

Quizás, las cabañas se construyen cuando se asume, como Nicholas Ray, que uno ya nunca volverá a casa. Todos, en realidad, hemos abandonado la casa, el hogar, la casa familiar, o ella nos ha abandonado a nosotros. De hecho, casi todos tenemos que abandonar nuestro hogar al menos una vez. Hay siempre una necesidad de marcharse, para estudiar, para trabajar, para, como se dice, independizarse. Y después aparece la dificultad de regresar. Porque las cosas ya nunca vuelven a ser de la misma manera. Ya no se puede volver al hogar porque ya no es posible, ni se sabe siquiera cómo hacerlo. Así pues, la falta de hogar es posiblemente el estado habitual y corriente para todos. (Especialmente para los *derridianos*, que –como apuntamos– tienen completamente asumida la imposibilidad de que se dé cualquier pertenencia primigenia).

Con todo esto, como se ve, no estamos hablando de exilio, propiamente, aunque, evidentemente, la forma del exilio, en su tortuoso radicalismo, cubre esta idea de la falta de hogar a la que aludimos. Edward Said, en su ensayo *Reflexiones sobre el exilio*, lo definía así:

El exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza.

[...] Los logros del exiliado están minados siempre por la pérdida de algo que ha quedado atrás para siempre.

De modo que nosotros no estamos hablando propiamente de exilio, de un estado trágico, ni siquiera dramático, que es el que pueden sin duda sufrir los exiliados o los desplazados, sino de una cierta clase de pérdida. Una cierta clase de separación que todos, en el fondo, y más en la *tecnoactualidad*, hemos vivido, de hecho, vivimos cotidianamente. Edward Said dice también que no es sorprendente que los exiliados sean con frecuencia novelistas, ajedrecistas, intelectuales. «El nuevo mundo del exiliado –escribe–, como es lógico, es antinatural, y su falta de realidad se parece a la ficción». Hoy, a todos nos resulta ya difícil librarnos de esa «irrealidad» de la que habla Said. Está por todas partes, esa extraña distancia, el tenue velo del extrañamiento –lo que antes, con motivo, por ejemplo, de los *filmes* de Antonioni, se llamaba *la alienación*– que lo cubre todo. Pero ese mismo velo también lo sentimos cuando tratamos de retornar a casa, o, cuando, simplemente, estamos en nuestro domicilio actual.

Ese velo tiene mucho que ver con cierta estética globalizada que ahora ocupa –y sitia, como una guerra– todos nuestros lugares y nuestras vistas, nuestros gestos e indumentaria. Hasta tal punto que todos los lugares parecen tan epidérmicos como intercambiables, como las propias experiencias. Lugares y existencias *pret-à-porter*. Más sitios, en verdad, que lugares, en la medida en que un lugar es algo con historia y huellas, hechas por gentes concretas, particulares, singulares. Pensar en el retiro solitario y misántropo de la cabaña es tratar de encontrar y de hacer, entonces, un *verdadero lugar*. Al tiempo que se rompe, se corta –al menos transitoriamente– con toda esa globalidad fofa y suave pero invasiva. Optar por la cabaña es apostar, en última instancia, por hacer de la vida de cada uno *una narración*. Bien escrita, vital, estimulante, llena de

agudas particularidades locales. Una construcción que nos permite tomar distancias y, por ello, alcanzar una percepción más sutil, más profunda, más lenta o demorada de las sensaciones, incluso de las sensaciones de no-pertenencia.

Quiero recordar que Machado, o más bien Juan de Mairena, recomendaba –ya en tiempos prebélicos– a los muchachos que tenía por alumnos un tipo muy especial de instrucción:

Reparad en mi enseñanza. Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a contemplar. ¿El qué?, me diréis. El cielo y sus estrellas y la mar y el campo, y las ideas mismas, y la conducta de los hombres. A crear la distancia en este continuo abigarrado de que somos parte, esa distancia sin la cual los ojos –cualesquiera ojos– no habrían de servirnos para nada. He aquí una actividad esencialísima que por venturoso azar es incompatible con la guerra. Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a meditar sobre todas las cosas contempladas, y sobre vuestras mismas meditaciones. La paz se nos sigue dando por añadidura. Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a renunciar a las tres cuartas partes de las cosas que se consideran necesarias. Y no por el gusto de someteros a ejercicios ascéticos o a privaciones que os sean compensadas en paraísos futuros, sino para que aprendáis por vosotros mismos cuánto más limitado es de lo que se piensa el ámbito de lo necesario, cuánto más amplio, por ende, el de la libertad humana, y en qué sentido puede afirmarse que la grandeza del hombre ha de medirse por su capacidad de renunciación.

Pensar en cabañas es sentir este afán de pobreza y de paz –que se da por añadidura– que intensifica la experiencia de vida. Y de libertad. Uno planea su cabaña o su *studiolo* también para demostrarse esta capacidad de renuncia. Decía Ramón Gaya:

El arte hace retroceder al hombre, retroceder hasta sí solo, hasta el hombre solo; por eso el arte es lo contrario de lo que viene a

ser la cultura. La cultura avanza al hombre, pero avanzar lo es también, claro está, alejarlo de su esencia. El arte toma al hombre en su mano y lo devuelve siempre, desde no importa qué cultura, a su desnudez de hombre.

También para eso, quizás, uno desea –especialmente ahora– escapar a las cabañas.

A. R. de S.

